

# **LAS COSAS SON MÁS FÁCILES DE DECIR QUE DE HACER**

**DILEMAS Y CONTROVERSIAS  
ETNOGRÁFICAS SOBRE "ON  
THE RUN" DE ALICE  
GOFFMAN**

**NAHUEL ROLDÁN**  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

**THINGS ARE EASIER SAID THAN DONE. ETHNOGRAPHIC DILEMMAS AND  
CONTROVERSIES ABOUT ALICE GOFFMAN'S "ON THE RUN"**

PALABRAS CLAVES: etnografía | trabajo de campo | metodología  
KEYWORDS: ethnography | fieldwork | methodology

## La franquicia del texto precario

Presentamos en esta sección la traducción de un artículo de Alice Goffman—fundamental para comprender la tesis principal de su trabajo—y cuatro textos que hicieron parte de la polémica que generó la publicación del trabajo *On the Run* en el año 2014. Quisiera, por tanto, en esta introducción ofrecer un contexto a este debate, conjuntamente con una serie de cuestiones de importancia para una mejor comprensión de la discusión en torno a *On the Run*.

Quisiera comenzar con la diferenciación que Tim Ingold (2015) realiza entre etnografía y observación participante. Una diferencia que hace foco sobre el efecto *transformativo* que tiene la observación participante y que no comparte con la etnografía, que más bien tiene una finalidad *documental*. No son excluyentes, solo diferentes—incluso Ingold se percata de aclarar explícitamente que una cosa no es mejor que la otra. Y esta diferencia es importante porque en muchos trabajos etnográficos no hay observación participante—o como diría James Gibson una “educación de la atención”—o si la hay, no está bien lograda. Y muchas otras veces hay observación participante y no hay trabajo etnográfico. Me apresuraré a decir que en *On the Run* están ambas cosas. Cuestión que causó parte de las críticas de algunos de sus colegas académicos.

Una de las diferencias que me parece importante subrayar es que en un proyecto de observación participante estudio *con* y me muevo *hacia adelante* en la experiencia y el aprendizaje. Mientras que en un proyecto etnográfico estudio *de* y me colocó mirando *hacia atrás* sobre la información que acumulé para explicar tendencias y patrones. En el

primero hay un *sentir proyectivo*, en el segundo hay una *ficción de saber*. Ingold agrega “mi propósito al llevar adelante el proyecto uno es la posibilidad de *ser transformado*, mientras que mi meta principal en el proyecto dos es *documentar* lo que he observado” (2015: 222). La distinción, queda claro, es de intención y no de actividad. Me refiero por tanto a una tensión entre lo retrospectivo y lo prospectivo.

Esta tensión es fundamental. Uno de los puntos principales en la crítica al trabajo de Goffman, fue su excesiva inmersión—otros lo referenciaron como “volverse rebelde” o “la narrativa del libro de la selva”, algo que significa más o menos tener contacto con los salvajes, volverse “nativo” y vivir para contarlo (Rios, 2015). Incluso se dijo que el trabajo de Goffman era un insumo para los políticos manoduristas y que siendo blanca por las noches “era la chica de los jóvenes de la Calle Sexta” (Betts, 2014). Estas críticas, por supuesto, tienen una carga racial—una chica blanca en un barrio de gente negra—, clasista—una joven universitaria de una familia de profesionales bien establecida socio-económicamente en un barrio pobre y segregado—y de género—una mujer blanca con un grupo de varones negros. La crítica sobre “volverse nativa” está basada en varios fragmentos del libro de Goffman, donde ella cuenta experiencias “que siente en sus huesos”. La tensión entre la descripción y la transformación se vuelve palpable. Porque, de cierto modo, lo que hizo—o escribió—Goffman en *On the Run*, fue lo que no hacen generalmente los investigadores etnográficos—incluso en las ciencias sociales: contar, narrar, escribir como el trabajo de campo impacta en sus vidas, en sus subjetividades, en sus identidades... en su cotidianeidad. Esto sucede habitualmente porque no se tiene presente esta diferenciación entre observación participante y etnografía, o para decirlo con otras palabras, no se presta

atención al factor retrospectivo y al factor prospectivo. Si el propósito es describir un acontecimiento o una escena que se observó, los efectos transformativos de esa escena o acontecimiento quedarán en segundo plano—o simplemente serán descartados. Mientras que “si el propósito es transformar, cualquier semejanza figurativa entre la palabra-pintura o imagen y las cosas o acontecimientos en el mundo no es más que un barniz que esconde su verdadero significado” (Ingold, 2015: 223). Por tanto, Goffman se hace cargo de esa tensión y la expone, escribe desde la propia tensión. Esto genera molestias, incomoda al lector y mortifica al académico.

En otra parte (Roldán, 2020) dije algo sobre las lecturas superficiales, o incompletas de los libros que vuelven famosos a sus autores, y que son compartidos a través de citas como formulaciones simplificadas que exponen una breve y pequeña parte de la obra en cuestión. Es lo que sucede por ejemplo con el trabajo de Clifford Geertz y su “descripción densa”. Siempre que se realice un trabajo de investigación etnográfico o que implique algún tipo de encuentro con el momento empírico, vamos a encontrar en los proyectos de investigación que “se hará una descripción densa”. Creo que, hace un tiempo, que nadie, no solo no lee el libro completo que contiene el famosísimo capítulo sobre la descripción densa, sino que nadie lee simplemente el capítulo. Todos damos por sentado que sabemos lo que implica hacer una “descripción densa”. Algo similar sucede con *On the Run*, se han hecho famosos ciertos eventos del libro que han sido mal reproducidos—por una mala o maliciosa lectura de ellos.

Lo “denso” supone un compromiso ontológico, que no es solo observar y describir “con mucho detalle” o “en profundidad”. Es un conocer *desde dentro*. Es adentrarse en las narrativas ontológicas y

constitutivas de todo comportamiento. Lo que, sin dudas, producirá un impacto transformativo en nuestro ser. Y luego viene la parte difícil: encontrar las palabras para narrar ese efecto de transformación. Producir algo que esté bien escrito y que genere empatía, complicidad, intimidad con el lector. Algo, hay que decirlo, no es común en los textos de las ciencias sociales. Mezclar el yo narrador y el yo viviente con la tercera voz académica es algo que muy pocos escritos logran satisfactoriamente.

Y cuando un texto académico logra una buena escritura inmediatamente se adscribe ese texto como fuera del *modelo académico de producción de conocimiento*. “La legitimidad de este modelo, y de los protocolos metodológicos que emanan de él, radica precisamente en su pretensión de dar un informe autorizado de cómo funciona el mundo, basado en hechos empíricos y argumentos racionales, no contaminados por la intuición, el sentimiento o la experiencia personal” (Ingold, 2015: 227). Cuando logramos escribir más allá del modelo académico lo que producimos es un *texto precario*. Según Lemke (2016) un texto obtiene su condición de *precario* analizando tres características: su contenido, su forma y su intención. En estos textos tenemos que ser capaces de *ver* la angustia, o leer sobre los protagonistas que están esencialmente desfavorecidos—incluso, quizás, incluyéndolos a ellos mismos. En este sentido, un texto se califica de precario en su sentido etimológico: piden, ruegan, suplican o imploran. A diferencia de otro tipo de escritura—por ejemplo, la propagandística—el texto precario deja espacio a la interpretación evitando el didacticismo. Su modo textual es fragmentado, escabroso y, por lo tanto, perturbador. Cuando nos adentramos en un texto precario, sucede algo similar a lo que los formalistas rusos llaman

“desfamiliarización”, o mejor: mirar o leer un texto precario “produce extrañeza”, niega una comprensión inmediata que, al mismo tiempo, espera prolongar la percepción que uno tiene de ese texto. El propósito final de la producción de este tipo de escritura es activar al lector para que se detenga en el texto sin permitirle una sensación de control o dominio. Esto pone, inmediatamente, al lector o espectador en una posición precaria. Por tanto, algunos lectores o espectadores—de clase media—podrían experimentar esta sensación de vacilación o incertidumbre como excitante o molesta. Para decirlo brevemente: esto sucedió con el trabajo de Alice Goffman.

### **La relación de correspondencia**

Hay tres mujeres centrales en la etnografía de Goffman: Deena, Linda y Regina. Deena es madre de Rochelle y abuela de Aisha y Ray. Fue la señora Deena quien contrató a Alice para un trabajo en la cafetería del campus universitario—cuando Goffman no pensaba en hacer una etnografía sobre el impacto del sistema penal en la vida de un grupo de jóvenes negros, sino una investigación sobre la relación entre los estudiantes y los empleados negros de la cafetería. Aisha conectó a Alice con muchos otros informantes y participantes de la investigación. Por su parte Linda—que es una adicta al crack—es la madre de Chuck, Reggie y Tim. Fue con Chuck, Mike y Steve que Alice compartió su departamento durante un tiempo. Chuck fue asesinado en el 2007. Reggie y Tim están involucrados en diferentes actividades delictivas y en la actualidad están cumpliendo largas penas de cárcel. Regina es una mujer reservada, trabajadora y muy religiosa. Es madre de Mike, el principal informante de Alice. Mike estuvo en prisión desde 2004 y 2007, con algunas entradas y salidas intermitentes. Y tuvo

relaciones amorosas complicadas con Marie, Michelle, Chantelle y Tamara.

Además de Chuck y Mike, hay otros jóvenes del grupo de la Calle Sexta que son importantes. Tino fue quien mató a Jay-Jay—un pibe de la banda rival de la Calle Cuarta. Este asesinato, según Goffman, fue el que desencadenó la “guerra territorial” entre ambos grupos de jóvenes y que causó que Ronny recibiera dos disparos y Chuck muriera. Alex también es importante. Su padre es dueño de dos empresas, y aunque Alex tiene buenas perspectivas de empleo y un buen futuro económico, él eligió dedicarse a la venta de crack. La novia de Alex, Donna, dio a luz en un hospital y mientras él la visitaba fue detenido por dos policías en la sala de maternidad—porque tenía emitida una orden de arresto. Anthony aparece en varias partes de la etnografía: es el joven que representa mejor la idea de estar “huyendo”. Él vive en su automóvil, duerme en el piso de diferentes departamentos de amigos y nunca se sabe bien en qué lugar está. Anthony fue asesinado por la policía en un intercambio de disparos—luego de que Goffman terminará su investigación. Josh era amigo de Chuck. Josh y Mike son los únicos que tuvieron éxito académico. En especial el primero, que tuvo una exitosa carrera empresarial—a pesar de que sus antiguos antecedentes penales lo siguieron perturbando. Ned y Jean, que son pareja, ahora tienen más de cuarenta años y son miembros viejos y atípicos en la comunidad. Continúan enredados en ciertas actividades criminales: Ned estafa con cheques y tarjetas de crédito—y solo de vez en cuando, junto con Jean, cometen algún robo a mano armada. Jean es una adicta al crack. Otros dos personajes importantes son Jevon y Eddie. El primero fue contratado por Reggie para que lo ayudase a burlar a su agente de

*probation*, el segundo pidió la ayuda de Alice cuando se rompió un brazo y no podía ir al hospital por estar “huyendo” de la justicia penal.

Hacia el final del libro, Goffman concentró su atención en un grupo de jóvenes que estaban “limpios” y por tanto fuera del radar de la policía y el sistema penal. Lamar, un guardia de seguridad de la Universidad de Pensilvania, es quien introduce a Alice a ese otro grupo de jóvenes integrado por Darnell, Curtis y Keisha. Además de todos estos “personajes” la propia Alice aparece constantemente en el relato. Hay dos cuestiones a tener en cuenta ante esta genealogía. Primero, esto hizo que algunos críticos consideren a su libro, no como una etnografía, sino más bien como una “memoria sociológica”. Por mi parte, coincido con Manning, Jammal y Shimola (2016), cuando dicen que *On the Run* es más que un libro: es una franquicia. Me gusta la idea de pensar que esta nueva forma de escribir—que, por supuesto, no inaugura *On the Run*—se expanda y reproduzca. La segunda cuestión, implica una pregunta: ¿es posible relatar la vida de todas estas personas, lograr afectividades, contactos estrechos, vínculos de varios años, sin que se produzca una relación de *correspondencia*? Los que abogan por una escritura académica, aburrida y “objetiva”, dirán que sí. Mi respuesta es un rotundo no.

### **Escribir las experiencias emotivas**

“Me alegro de haber aprendido lo que se siente al querer que un hombre muera” (2014: 261). Así concluye Goffman su libro, o mejor dicho así concluye la nota metodológica de 50 páginas. El relato de Goffman que cierra la nota metodológica es sobre el asesinato de Chuck. Y su participación en la búsqueda del asesino junto con Mike—



ella conducía y su amigo iba de copiloto con el arma lista para disparar en las manos. Esta cuestión, entre otras, hizo que muchos revisores del libro establezcan que Goffman había perdido la *distancia crítica* con el mundo de los chicos de la Calle Sexta. Sin dudas que había sucedido, porque Goffman logró ir más allá de la “ficción de saber”.

Haber escrito sobre esta escena hizo que los profesores de derecho Paul Campos (2015) y Steve Lubet (2015a, 2015b, 2015c) publicaran una serie de análisis críticos sobre *On the Run*—incluso sugiriendo que Goffman había cometido un delito grave según las leyes de Pensilvania: conspiración para cometer un homicidio. Más adelante en el 2018, Lubet publicó un libro teórico sobre etnografía motivado por la crítica a *On the Run*. Un libro aburrido, pesado, doctrinario... nada sorprendente para un profesor de derecho. Así como tampoco es una sorpresa la comparación, errónea, que realiza entre la evidencia etnográfica y la evidencia judicial—entre los métodos etnográficos y los procedimientos judiciales. Incluso dando la sensación, por momentos, que sostiene que en los juicios lo que importa es la “verdad” y que las leyes como las pruebas judiciales no están sustentadas en un fuerte interpretativismo. De todas maneras, no puedo dejar de decir que ciertas preguntas del libro de Lubet son interesantes y que con otro abordaje deben ser tenidas en cuenta.

Varias de las críticas de Lubet son sobre algunos acontecimientos que Goffman relata en su libro—por ejemplo, cuando a Alex lo detienen en la sala de maternidad de un hospital visitando a su hijo recién nacido<sup>1</sup>. Lubet lleva la escena a la policía y le pregunta: ¿ustedes hacen esto? La policía responde que no. Entonces Goffman miente. Otro

---

<sup>1</sup> Goffman escribe esta escena en su libro, pero también en el artículo que publicamos seguidamente en este número de la revista.

acontecimiento que relata Goffman es cuando Tim es detenido, llevado a la comisaria con tan solo 12 años y fichado como delincuente, por viajar junto con su hermano Mike en un auto que era robado. Lubet fue a ver a un fiscal de Filadelfia, le pregunto si eso era posible. El fiscal dijo que no. Entonces Goffman miente. Y no solo eso, sino que Lubet sugirere que inventa escenas sensacionalistas para hacer más interesante o “vendible” su libro.

Cuando Didier Fassin publicó su libro *The Will to Punish* en el 2018—traducido al español—que son una serie de conferencias en la Fundación Tanner impartidas en Berkeley en el 2016, el libro contenía no solo la transcripción de las conferencias sino también tres comentarios y una respuesta del propio Fassin a esos comentarios. Los comentaristas fueron Bruce Western, David Garland y Rebecca McLennan. Sabemos cuál es la tesis central del libro de Fassin: poner en crisis la definición de castigo que Garland utiliza en su obra *Castigo y Sociedad Moderna*. Fassin resume de esta manera la crítica de Garland: “mi crítica del castigo [para Garland] está fuera de lugar porque debo aceptar la definición legal, y cuando los hechos no corresponden a ella, simplemente los debo descartar como irrelevantes. No debería ver sus acciones como castigo, ya que no se ajustan a la definición legal, incluso si los agentes que infligen el sufrimiento, los que están sujetos a él y una buena parte del público ven estas acciones más o menos explícitamente como formas de castigo” (2018: 174). En este mismo error se hunde Lubet en el análisis de *On the Run*. Una postura fuertemente durkheimiana, pero, sobre todo, *legalista*—el abogado tiene la ley como referencia absoluta.

Escribir sus experiencias emotivas le causó muchos problemas a Goffman. A pesar de esto, espero que este tipo de escritura se

aprehenda y se extienda entre los investigadores de ciencias sociales. No solo en relación a incorporar ciertos recursos literarios en la escritura de tesis sino también en la buena escritura de lo transformativo del ser cuando la inmersión llega a un punto de casi no retorno—digo “casi”, porque el hecho de que Goffman se haya mudado cerca del barrio, haya cambiado su dieta, sus costumbres como gimnasta, su forma de vestir, sus posturas y gestos, incluso que haya incorporado cierta jerga, una cuestión es inmodificable: Goffman se fue del barrio—y siempre supo que eventualmente se iba a ir—y de cierta forma, de la vida de los jóvenes de la Calle Sexta. Este evento que es igual para todos los etnógrafos—incluso para aquellos “más nativos” como Victor Rios—se expresa con inmejorable claridad en el párrafo final del libro *Entre las cuerdas* (2006), quizás el mejor trabajo de Loïc Wacquant. Había aprendido a boxear, como pararse, que dieta seguir, como entrenar, la jerga, las posturas... y luego de que Loïc terminara victorioso su primer combate, el famoso entrenador DeeDee interrumpe el festejo y le dice: “No habrá una próxima vez. Ya has tenido tu combate. Ahora ya tienes bastante para escribir tu maldito libro. Tú no necesitas subir al ring” (2006: 241). No es arbitrario ni azaroso que Wacquant decida terminar con esta frase su etnografía sobre los boxeadores del Woodlawn Boys Club. El efecto transformativo tiene un límite... tiene toda una dimensión ontológica que no puede ser transformada, que quizás puede ser observada, pero que nunca podrá ser vivida—al menos sin que se genere una metamorfosis vital y permanente—por eso el hecho de no necesitar subir al ring es la barrera que Wacquant no puede transvasar por más inmerso que este en el mundo del pugilismo.

## Los juicios a la etnografía

Un misterioso fiscal acompañado de un perro-lobo siberiano y tuerto reúne un grupo de prominentes etnógrafos para dar rienda suelta a su escepticismo en el trabajo de campo, y en un granero en el norte New York realizarle un juicio a Alice Goffman. Así comienza el libro de Timothy Parchirat (2017), un drama de siete actos donde se presentan algunos importantes interrogantes para la etnografía, para lo cual Parchirat convierte a Goffman en una suerte de Antígona. Nueve importantes etnógrafos reunidos para enjuiciar a "The Alice"—con claras alusiones al *País de las Maravillas*. Podemos reconocer a varios de esos etnógrafos: Loïc Wacquant, Mitch Duneier, Karen Ho, Anna Tsing, Piers Vitebsky, Séverine Autesserre, James Scott y Katherine Boo. El lobo los observa. No queda claro que representa, pero hay algo relacionado a la sensación de peligro, el distanciamiento y quizás, la falta de perspectiva—por tener un solo ojo. Una cuestión es fundamental: no se pueden tener las mismas reglas metodológicas para un trabajo de campo cuando el peligro está presente.

Cada cierto tiempo algún trabajo de investigación convertido en libro ingresa en un fuerte debate disciplinar. No voy a proponer aquí una serie de posibles respuestas a por qué esto sucede con ciertos libros y no con otros—por ejemplo, ¿por qué sucedió con *On the Run* y no con *Punished?*—aún cuando se puedan esbozar ciertas respuestas relativamente obvias. Más bien pretendo concluir esta introducción colocando a *On the Run* en lo que podría pensarse como una serie genealógica de trabajos que fueron puestos en cuestión.

Hay un repertorio de textos que presentaron variados debates y críticas. Incluso—como *On the Run*—motivaron la publicación de libros completos para objetarlos. Hubo casos en la antropología y en la

sociología—los trataré indistintamente. Todos recordarán las intensas discusiones que generó el trabajo de Napoleón Chagnon, que hizo a los yanomami, la tribu “inculta” más famosa del mundo. Es verdad que Chagnon estaba discutiendo con una romantización, habitual en aquellos años, sobre las tribus suramericanas como “nobles salvajes”. Porque los yanomami lejos de vivir en armonía unos con otros, se enzarzaban constantemente en duelos y mortíferas incursiones entre aldeas—la violencia o la amenaza de violencia dominaban la vida social. “Indiana Jones no hubiese tenido oportunidad”, dijo Chagnon mientras contaba sobre los peligros que sufrió en sus expediciones en la selva venezolana.

Cuando Chagnon iniciaba su “peligrosa” investigación en Venezuela, se publicaba la traducción al inglés de *Tristes Trópicos*, cuestión que motivo a Susan Sontag (2005: 111) a expresar que la antropología “es una de las raras vocaciones intelectuales que no exigen el sacrificio de la propia virilidad. Requiere valor, amor a la aventura y fortaleza física—así como criterio”. ¿Acaso varias de las críticas hacia Alice Goffman no pueden ser explicadas por esta reflexión de Sontag? En especial cuando el trabajo de campo se encuentra envuelto con la violencia y el peligro.

No hay dudas de que Sontag tiene razón. Incluso ampliaría su apreciación no solo a la antropología, sino también al trabajo cualitativo que se realiza cerca de la criminalidad y los dispositivos de control gubernamentales. Para estas investigaciones se necesita cierto arrojo y fortaleza física. En los últimos 30 años las etnografías y las crónicas sobre grupos y movimientos violentos han estado en aumento. Pandillas, paramilitares, guerras civiles, sindicatos violentos, policías, empresas de seguridad privada, todas investigaciones que colocan al

investigador en contacto con altos niveles de riesgo—pero que también hacen que el investigador pueda poner en un grave peligro a los sujetos de su investigación (*cf.* Nordstrom y Robben, 1995; Sluka, 2000; Sriram *et al.*, 2009; Mazurana *et al.*, 2013).

Las etnografías donde los investigadores estuvieron en graves peligros son muchas. Podemos recordar el relato de Philippe Bourgois (2001) corriendo a través de la selva, entre cadáveres y perseguido por helicópteros, dejando atrás a refugiados asustados, que una vez capturados fueron fusilados. También el acoso, la golpiza y la violación que sufrió Cynthia Mahmood (2008) cuando realizaba su estudio sobre los levantamientos militares sijis en Punjab—luego fue culpada del ataque que recibieron varios de sus colegas indios, que le habían advertido que abandonara la investigación. Patrick Peritore (1990) relata que la policía brasileña intervino su teléfono, lo mandó a seguir e incluso colocó un infiltrado en su equipo para poner obstáculos a su investigación. Tessa Diphoorm (2011) nos cuenta su largo padecimiento de vómitos, crisis de sueño y migrañas constantes, luego de que tuvo que darle respiración boca a boca a una persona muerta y participó de un tiroteo mientras realizaba su etnografía de una empresa de seguridad privada en Sudáfrica. En otro impresionante relato Declan Walsh (2017) nos cuenta que Giulio Regeni viajó de Italia hacia Egipto para estudiar un sindicato de vendedores ambulantes, logró cierta inmersión en el campo, y a medida que profundizaba su investigación encontró fuertes lazos entre el sindicato y funcionarios corruptos del gobierno. Un tiempo después fue encontrado muerto en la calle, con signos de torturas. El asesinato sigue sin resolverse, aunque las pocas pistas que se hallaron indican que podría haber sido la policía egipcia

la responsable—la cual recibía información de un informante de la etnografía de Regeni que estaba descontento con él.

La muerte de Regeni, quizás sea el caso ejemplo de cómo los participantes en una investigación pueden poner en peligro al propio investigador. Los sujetos de los estudios sobre criminalidad, corrupción y violencia se encuentran en su vida cotidiana envueltos constantemente en eventos delictivos, resistencias a la autoridad, en la clandestinidad y, por tanto, en un estado de inseguridad casi constante. Y entonces, en algún momento, llega un investigador haciendo preguntas incómodas, intentando observar escenas que no están preconfiguradas para ser observadas—y que son altamente incriminatorias (*cf.* Goldstein, 2014). Por eso muchos de los cuestionamientos metodológicos que se le hacen a Alice Goffman, deben ser ajustados a un trabajo de campo donde la violencia y la delincuencia son algo de todos los días. En muchas reseñas de *On the Run*, los reseñadores pierden de vista este punto tan importante. Vanda Felbab-Brown (2014) realiza estos ajustes y acerca algunas sugerencias metodológicas y de abordaje para estar lo más seguros posible cuando realizamos un trabajo de campo de este estilo. Ella investiga el crimen organizado en Latinoamérica, y realiza muchas de estas sugerencias a través de la propia experiencia en el campo. Tener siempre una salida de emergencia planeada—aunque sea montar un buey o un caballo a través de campos solitarios bajo la luz de la luna. Estar conectado constantemente con alguna persona de confianza que siga todas nuestras locaciones y movimientos. Lo siguiente es que el informante clave sea alguien de extrema confianza, pues será la persona que puede dar al investigador la protección anticipada que necesita antes de que

sucedan cualquier evento peligroso. Aunque la preocupación mayor de Felbab-Brown es la cuestión de la *transparencia*.

Las críticas hacia *On the Run* impulsaron el movimiento de la transparencia en las investigaciones cualitativas. Esto es la pregunta por el enmascaramiento de los nombres de personas y lugares, así como los datos precisos de fechas y eventos violentos e incriminatorios. Alice Goffman estuvo presente al menos en dos asesinatos, fue interrogada por policías e incluso arrojada con violencia al piso en un allanamiento cuando estaba en la casa de la señora Regina. Y por uno de esos homicidios—el de Chuck—es que salió en búsqueda de justicia por mano propia. El otro fue el de un amigo de Chuck, cuando estaba comenzando la investigación en la Calle Sexta, y se lo relata a Mitch Duneier que era su director: “Por aquel entonces, un amigo de Chuck había sido disparado y asesinado mientras salía de mi automóvil a la salida de un bar; una de las balas atravesó mi parabrisas, y la sangre del hombre salpicó mis zapatos y mis pantalones mientras huíamos” (Goffman, 2014: 246). El hecho de que Goffman en su relato pase repentinamente de eventos de este estilo—clasificados por algunos críticos como el “oro etnográfico”—hacia cuestiones generales sobre las prácticas policiales o el impacto del encarcelamiento, hace que se dude sobre la veracidad de esos acontecimientos—si no los inventa, cuanto mucho los exagera (Campos, 2015; Avery, 2015). Tony Platt (2016) dice en su reseña de *On the Run*: “la complejidad analítica a veces se sacrifica por una buena historia”. Esto tiene mucho de cierto, pero no es lo único. Kafka (1953: 287), en la entrada del 2 de agosto de 1914, escribió en su diario: “Alemania declara la guerra a Rusia. Por la tarde, escuela de natación”. Quizás este registro de Kafka represente a la perfección la forma en que se *escribe* la vida—el devenir de la experiencia de forma



contradictoria y conflictiva. Así como lo había escrito, tiempo atrás, William Shakespeare (2002: 156) a través de la voz de Macbeth: “La vida (...) es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y furia, y que no significa nada”. Todo esto no significa indiferencia, o falta de capacidad analítica, sino que expone crudamente el contraste siempre prolífico y nunca bien resuelto entre lo público y lo privado, entre lo colectivo y lo íntimo, o para decirlo con más claridad: entre lo importante y lo nimio.

Además de tener en cuenta la importancia de la narración de la experiencia vivida, quiero hacer otro cuestionamiento para el que no tengo una respuesta definida: ¿Por qué estos eventos violentos y criminógenos escritos en *On the Run* causaron tanto debate? ¿Por qué no causaron el mismo debate la violación grupal que describe Philippe Bourgois (2015: 222), o la violación de un anciano “mudo e indefenso” por parte de un joven psicótico que observa Erving Goffman (1963: 207), o el relato que realiza Victor Rios (2011: ix-xi) del asesinato de su amigo Smiley?

En algunas entrevistas que Goffman ofreció después de las críticas deslizó que varias de las incongruencias entre algunos relatos, incluso, el hecho de pasar de eventos traumáticos hacia análisis más generales, eran mecanismos de enmascaramiento, y por tanto, de protección de los sujetos de su investigación. Más allá de que Goffman consigue, como dijimos más arriba, una narrativa atractiva y sugerente, ella esta muy preocupada de cuidar a los jóvenes participantes de su trabajo académico. La cuestión del enmascaramiento es un larguísimo debate dentro de la antropología y la sociología. Decía que es una de las preocupaciones principales de Felbab-Brown (2014: 24), quien observa: “La violación de las reglas de anonimato o el ser muy crítico con un gobierno autoritario puede resultar no sólo en la denegación de una

visa la próxima vez, sino en su arresto a su llegada. Los delincuentes agraviados pueden buscar venganza si se enteran de que el investigador ha regresado después de traicionar su confianza. Los antiguos arregladores [guías] que se sienten perjudicados por acuerdos de pago previos pueden alertar a los secuestradores. Piensa bien lo que le dirás a quién y cómo antes de fanfarronear en programas de televisión sobre los piratas que entrevistaste y mostrar fotos tuyas con ellos”.

En el 2015 una crítica anónima de varias páginas de extensión fue enviada por mail a las universidades y a los investigadores mas importantes de diferentes institutos. Goffman, por recomendación de la Universidad, preparó una contestación a cada uno de los puntos de esa larga diatriba—una contestación nunca publicada (Lewis-Kraus, 2016). Esa crítica revelaba información importante sobre algunos de los participantes de la etnografía de Goffman, así como la ubicación de su lugar de trabajo. Aún peor, la periodista Jesse Singal (2015) visitó el barrio de la Calle Sexta, y se detuvo en varias esquinas con una foto de Alice en la mano, mientras preguntaba a los transeúntes si conocían a esa mujer. Hasta que finalmente pudo reunirse con algunos de los jóvenes que habían participado en el trabajo de Goffman, para escribir luego su artículo confirmando que realmente ella había trabajado en ese barrio. Esta acción imprudente de Singal lleva a Randol Contreras (2019) a escribir un artículo, muy preocupado, sobre la transparencia y el desenmascaramiento en la investigación etnográfica de la delincuencia. Contreras piensa que si por la publicación de *The Stickup Kids* (2013), su trabajo etnográfico sobre ladrones de traficantes de crack, se hubiese generado el mismo alboroto y si algún periodista hubiese ido con una foto suya a hacer preguntas incómodas, él

seguramente correría peligro de muerte. Contreras (2019) propone, ante esta preocupación, una alternativa metodológica: la revelación semibiográfica, la divulgación espacial parcial y la divulgación por invitación—todas siempre consensuadas con los participantes de la investigación.

Debemos revisar y yuxtaponer todas estas críticas, para comprender mejor cuales son los matices metodológicos que debemos aplicar, cuáles son los límites y cuándo debemos decir basta a una investigación. Como protegernos y como proteger a nuestros sujetos de estudio. Queda pendiente un trabajo de recuperación más profunda y exhaustiva de todas las investigaciones que generaron cierta polémica—desde *Street Corner Society* (1943) de William F. Whyte, pasando por *Coming of Age in Samoa* (1973) de Margaret Mead y *Tea Room Trade* (1970) de Laud Humphrey, hasta llegar a *Gang Leader for a Day* (2008) de Sudhir Venkatesh—para recopilar recomendaciones, técnicas y métodos que pueden generar mejores condiciones de producción académica. Creo que una lectura profunda de este tipo renueva la importante pregunta de Becker (2005), porque lo que discutimos aquí no se resuelve poniendo de uno de los dos lados—quizás esos lados no estén tan claramente definidos.

## Referencias

- Avery, J.: "A Philadelphia Story", *Symbolic Interaction*, 3(2), 323-325.
- Becker, H.: "¿De qué lado estamos?", *Delito y Sociedad*, 14(21), 2005, 89-99.
- Betts, D.: "The Stoop Isn't the Jungle", *Slate*, July 10, 2014.
- Beuving, J.: "Problems of Evidence in Ethnography. A Methodological Reflection on the Goffman/Mead Controversies (With a Proposal for Rules of Thumb)", *FQS. Forum: Qualitative Social Research / Sozialforschung*, 22(1), 2021.
- Bourgois, P.: "The Power of Violence in War and Peace: Post-Cold War Lessons From El Salvador", *Ethnography*, 2(1), 2001, 5-34.
- Bourgois, P.: *En busca del respeto: vendiendo crack en Harlem*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2015.
- Campos, P.: "Alice Goffman's implausible ethnography", *The Chronicle Review*, 2015.
- Clifford, J.: "Verdades parciales", en: James Clifford y George Marcus (eds.): *Retóricas de la antropología*, Madrid: Júcar, 1991, 25-60.
- Cohen, P.: "Survey and ethnography: Comment on Goffman's 'On the Run'", *Department of Sociology—University of Maryland*, 2015.
- Contreras, R.: *The Stickup Kids: Race, Drugs, Violence, and the American Dream*, Berkeley: University of California Press, 2013.
- Contreras, R.: "Transparency and Unmasking Issues in Ethnographic Crime Research: Methodological Considerations", *Sociological Forum*, 34(2), 2019, 293-312.
- Cozzi, E., Font, E. y Mistura, M.: "Desprotegidos y sobrecriminalizados: interacciones entre jóvenes de sectores populares, policía provincial y una fuerza de seguridad nacional en un barrio de la ciudad de Rosario", *Revista Derechos Humanos*, III(8), 2014, 3-30.

Diphorn, T.: "The Ethnography of Violence: Varying Participatory Roles, The Emotional Rollercoaster, and Moral Dilemmas", *4° European Conference on African Studies*, Uppsala, 15-18 June 2011.

Eakin, E.: "How Napoleon Chagnon Became Our Most Controversial Anthropologist", *The New York Time*, Feb. 13, 2013.

Fassin, D.: *The Will to Punish*, New York: Oxford University Press, 2018.

Felbab-Brown, V.: "Security Considerations for Conducting Field Research in Highly Dangerous Places or on Highly Dangerous Subjects", *Social Science Research Council Working Paper Series on Security*, 3, 2014.

Forman, J.: "The Society of Fugitives", *The Atlantic*, September 17, 2014.

Ghassem-Fachandi, P. (ed.): *Violence. Ethnographic Encounters*, Oxford: Berg, 2009.

Goffman, A.: "On the Run: Wanted Men in a Philadelphia Ghetto", *American Sociological Review*, 74, 2009, 339-357.

Goffman, A.: *On the Run: Fugitive Life in an American City*, Chicago: University of Chicago Press, 2014.

Goffman, A.: "A Reply to Professor Lubet's Critique", *Department of Sociology*, University of Wisconsin-Madison, 2015.

Goffman, E.: *Behavior in public places*, New York: The Free Press, 1963.

Goodwin, M.: "Invisible Women: Mass Incarceration's Forgotten Casualties", *Texas Law Review*, 94(2), 2015, 353-386.

Goldstein, D.: "Qualitative Research in Dangerous Places: Becoming an 'Ethnographer' of Violence and Dangerous Places", *Social Science Research Council Working Paper Series on Security*, 1, 2014.

Ingold, T.: "Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía", *Etnografías contemporáneas*, 2(2), 2015, 218-230.

Kafka, F.: *Diarios, 1910-1923*, Buenos Aires: Emecé, 1953.

Katz, J.: "Hot Potato Criminology: Ethnographers and the Shame of Poor People's Crimes", *Annual Review of Criminology*, 2, 2019, 21-52.

Keeler, J.: "Putting Ethnography on the Witness Stand", *The Qualitative Report*, 24(1), 2019, 95-97.

Lee-Treweek, G. y Linkogle, S. (eds.): *Danger in the Field. Risk and Ethics in Social Research*, London: Routledge, 2000.

Lemke, S.: *Inequality, Poverty, and Precarity in Contemporary American Culture*, New York: Palgrave Macmillan, 2016.

Lewis-Kraus, G.: "The Trials of Alice Goffman", *The New York Time*, Jan. 12, 2016.

Lubet, S.: "Ethics On the Run", *The New Rambler: An Online Review of Books*, 2015a.

Lubet, S.: "Alice Goffman's Denial of Murder Conspiracy Raises Even More Questions", *The New Republic*, June 3, 2015b.

Lubet, S.: "Ethnography on Trial", *The New Republic*, June 15, 2015c.

Lubet, S.: *Interrogating Ethnography: Why Evidence Matters*, New York: Oxford University Press, 2018.

Mahmood, C.: "Anthropology From the Bones: A Memoir of Fieldwork, Survival, and Commitment", *Anthropology and Humanism*, 33(1/2), 2008, 1-11.

Manning, P., Jammal, S. y Shimola, B.: "Ethnography on Trial", *Society*, 53, 2016, 444-452.

Marks, J.: "New Rule: White Women Should Not Study Black Communities", *Commentary*, April 24, 2017.

Martin, I. W.: "Academia on the Run?", *books & ideas*, September 19, 2016.

Mazurana, D., Jacobsen, K. y Gale, L.: *Research Methods in Conflict Settings: A View From Below*, New York: Cambridge University Press, 2013.

Neyfakh, L.: "The Ethics of Ethnography", *Slate*, June 18, 2015.

Nordstrom, C. y Robben, A.: *Fieldwork Under Fire: Contemporary Studies of Violence and Culture*, Berkeley: University of California Press, 1995.

Parchirat, T.: *Among wolves: ethnography and the immersive study of power*, New York: Routledge, 2017.

Parry, M.: "The American Police State", *Chronicle of Higher Education*, November 18, 2013.

Peritore, P.: "Reflections on Dangerous Fieldwork", *The American Sociologist*, 21(4), 1990, 359-372.

Platt, T.: "On the run from her critics: Alice Goffman's ethnography", *The Journal of American History*, 102(4), 2016, 1149-1150.

Ralph, L.: "The limitations of a 'dirty' world", *Du Bois Review*, 12(2), 2015, 441-451.

Rios, V.: *Punished: Policing the Lives of Black and Latino Boys*, New York: New York University Press, 2011.

Rios, V.: "Review On the Run by Alice Goffman", *American Journal of Sociology*, 121(1), 2015, 306-308.

Rios, V., Carney, N. y Kelekay, J.: "Ethnographics of Race, Crime, and Justice: Toward a Sociological Double-Consciousness", *Annual Review of Sociology*, 43(12), 2017, 13-21.

Roldán, N.: "La organización social desde la esquina: presentación del texto 'Chicos de la esquina' de William Foote Whyte", *Cuestiones Criminales*, 1(1), 2018, 192-196.

Roldán, N.: "Notas preparatorias sobre 'The Process is the Punishment' de Malcolm Feeley", *Cuestiones Criminales*, 3(5/6), 2020, 347-367.

Roulston, K.: "Interrogating ethnography", *QualPage*, March 27, 2018.

Shakespeare, W.: "Macbeth", en: *Tragedias*, Barcelona: RBA, 2002, 101-159.

Singal, J.: "The Internet Accused Alice Goffman of Faking Details in Her Study of a Black Neighborhood. I Went to Philadelphia to Check", *The Cut*, June 18, 2015.

Sluka, J.: *Death Squad: The Anthropology of State Terror*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2000.

Small, M.: "De-Exoticizing Ghetto Poverty: On the Ethics of Representation in Urban Ethnography", *City & Community*, 14(4), 2015, 352-358.

Sontag, S.: "El antropólogo como héroe", en: *Contra la interpretación*, Buenos Aires: Alfaguara, 2005, 105-120.

Sriram, C., King, J., Mertus, J., Martin-Ortega, O. y Herman, J.: *Surviving Field Research: Working in Violent and Difficult Situations*, New York: Routledge, 2009.

Van Maanen, J. y de Rond, Mark: "The Making of a Classic Ethnography: Notes on Alice Goffman's *On the Run*", *Academy of Management Review*, 42(2), 2017, 396-406.

Volokh, E.: "Prof. Alice Goffman, 'On the Run', and driving a gang member around, looking for a mutual friend's killer", *The Washington Post*, June 2, 2015.

Wacquant, L.: *Entre las cuerdas: cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

Wacquant, L.: *Merodeando las calles. Trampas de la etnografía urbana*, Barcelona: Gedisa, 2012.

Walsh, D.: "Why Was an Italian Student Tortured and Murdered in Egypt?", *New York Time Magazine*, August 15, 2017.

Zussman, R.: "Alice's Adventures in Wonderland: *On the Run* and Its Critics", *Society*, 53, 2016, 436-443.